

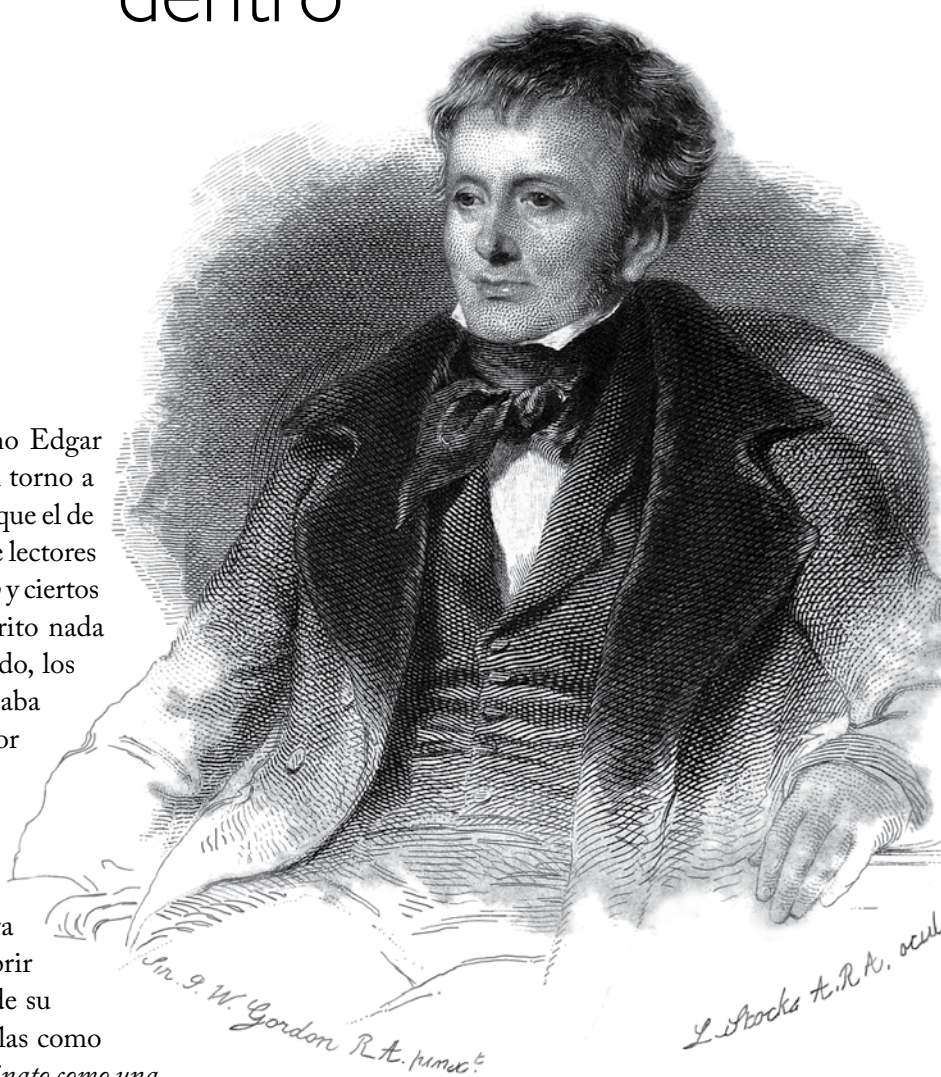


El De Quincey que todos llevamos dentro

Gerardo Piña

AL IGUAL QUE CON OTROS AUTORES como Edgar Allan Poe, mucho del imaginario social en torno a Thomas De Quincey ocupa un lugar mayor que el de la lectura de sus textos. Una gran mayoría de lectores ve en Poe al alcohólico que escribió *El cuervo* y ciertos cuentos de terror, como si no hubiera escrito nada más. Con De Quincey ocurre algo parecido, los lectores piensan en ese opiómano que andaba con prostitutas y que, sin saber muy bien por qué, era genial (tal vez por el cariño que tanto le profesaba Borges a su obra).

Bosquejos de infancia y adolescencia 1785-1800, traducido y prologado por Andrés Barba, es una buena ocasión para acercarse a Thomas De Quincey y descubrir una parte verdaderamente representativa de su obra. No tengo nada en contra de maravillas como *Confesiones de un fumador de opio* o *Del asesinato como una de las bellas artes*, pero los textos de este autor inglés abarcan otras facetas que aun admiradores suyos desconocen. La selección de ensayos de Andrés Barba es muy afortunada y nos permite conocer varios aspectos de este autor, ya que para la publicación original del libro en inglés, el propio De Quincey trabajó en una revisión de los textos, como apunta Barba en el prólogo del volumen. En este libro leemos no sólo al autor erudito e irónico que ya conocemos; vemos cómo percibió lo que fue



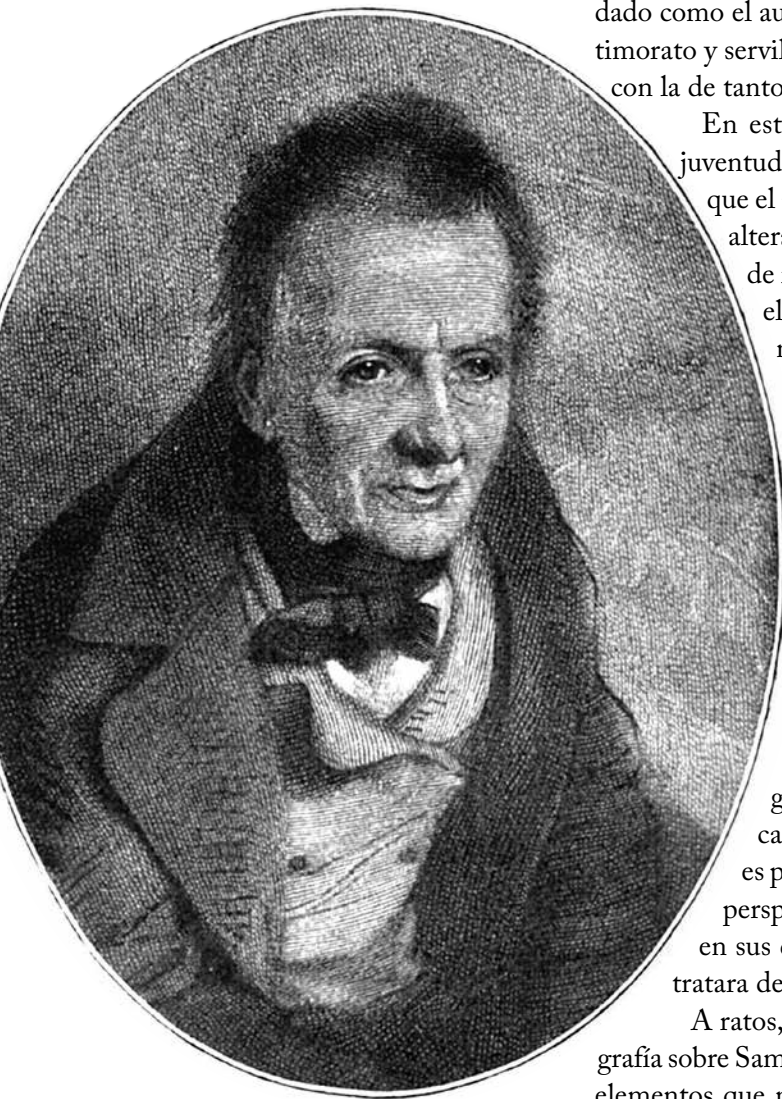
clave para su instrucción y vocación literarias, lo que para él era valioso y meritorio de la Inglaterra en que creció. Y entonces descubrimos al verdadero De Quincey: al reaccionario y conservador Thomas De Quincey.

Que nadie, empero, se asuste por encontrar en estas memorias a un autor tan distinto a lo que muchos han imaginado. Baudelaire será recordado como el autor de *Las flores del mal* y también como un conservador timorato y servil, sin que esto vaya en desmedro de su obra, como ocurre con la de tantos otros autores.

En estos ensayos motivados por los recuerdos de infancia y juventud de De Quincey resaltan precisamente aquellos en los que el autor pareciera no tener empacho en mostrar cuánto está alterando los hechos del pasado en pro de entretener al lector, de regodearse en su estilo casi barroco. Resalta, por ejemplo, el momento en que muere una de sus hermanas siendo una niña, o cuando Thomas llega a Londres por primera vez, cuando conoce al rey gracias a la intercesión de un amigo o cuando conoce a una mujer atea, famosa por su belleza y su gran capacidad para debatir sobre teología. (Una irresistible tentación para los católicos más fervientes de la comarca como la madre de Thomas).

En cada una de estas escenas, De Quincey arroja una serie de imágenes imposibles de tan ficcionales a las que se van sumando notas y glosas y más imágenes casi en la misma proporción en la que inserta oraciones subordinadas en cada párrafo. La escritura autobiográfica de De Quincey es mentirosa (como la de toda autobiografía que se respete) y al mismo tiempo es honesta en su carácter falsario. Es decir, el autor ya da por hecho que no es posible recordar las cosas tal como ocurrieron, ni tener una perspectiva objetiva en tales asuntos y por lo mismo avanza en sus descripciones y diálogos citados de memoria como si se tratara de una novela.

A ratos, estos ensayos recuerdan al gran James Boswell y su biografía sobre Samuel Johnson por ese carácter de recuperar en las memorias elementos que nos sumergen en la cotidianidad con toda la calma y el detalle propios de los grandes narradores. En estos bosquejos hay epístolas, diálogos, citas textuales, narraciones dentro de las narraciones, y todo se cuenta bajo ese estilo irónico, deliberadamente complejo en su sintaxis y



Ilustraciones: *Blackwood's Magazine*, 1822.

pleno de términos griegos, franceses o latinos. Lo que sin duda comienza como pomposidad en la prosa de De Quincey, termina como marca indeleble de un estilo y una manera extraordinaria para retratar toda una época. Porque si en algo hay mérito en estos bosquejos, al igual que en ensayos ulteriores de este autor inglés, es en la manera en que al describir sus recuerdos describe también su época. Registros como el suyo se vuelven invaluable para comprender la Inglaterra de fines del siglo XVIII y principios del XIX. De Quincey encarna lo que parece un oxímoron: la fusión del pensamiento enciclopédico y el romanticismo. Lo mismo abreva de los clásicos que de sus coetáneos franceses e ingleses (particularmente de poetas como Samuel Taylor Coleridge y William Wordsworth). Lo mismo es irreverente que conservador. Lo mismo habrá de demorarse en su prosa para hablarnos de sus experiencias con el opio o de su romance con alguna prostituta (como habría de hacerlo en ensayos posteriores a esta adolescencia) que ahora lo hace para describir sus juegos de guerritas con sus amigos de infancia.

El traductor y los editores del libro que nos ocupa enfatizan que estos ensayos han sido traducidos “prácticamente” por vez primera en español, y eso me hace pensar en lo necesarias que son más traducciones como ésta en nuestro idioma, entre otras cosas, porque se trata de autores que han contribuido enormemente a la comprensión del fenómeno literario de nuestro tiempo, pero a menudo sólo los acusamos de recibido de manera indirecta. Muchos lectores de habla hispana se enteran de autores como Max Beerbohm, W.W. Jacobs o Thomas De Quincey por las menciones que Borges hace de ellos en sus obras y entrevistas. Sin embargo, la mayor parte de los textos de estos autores permanecen sin traducirse al español. De ahí la parte celebratoria de esta publicación.

Ahora bien, con respecto a la traducción de Andrés Barba, es importante mencionar que en general es una



Thomas de Quincey
Bosquejos de infancia y adolescencia 1785-1800
 México, Sexto Piso
 2012, 336 pp.

buena traducción, pero que adolece de precisión en ciertos momentos y hace que el estilo de De Quincey se pierda (más de lo que de por sí sabemos pierde cualquier texto literario al ser traducido). Veamos un ejemplo: un fragmento en el que el autor habla de su relación con su hermano, quien no lo tenía en gran estima. Es un momento bastante divertido, entre otras cosas, por ese contraste que tan bien maneja De Quincey y que consiste en hablar de cosas superfluas o provocadoras con un tono solemne, casi académico. De Quincey nos dice que su hermano se burlaba de él, que lo consideraba afeminado y estúpido:

The pillars of Hercules, upon which rested the vast edifice of his scorn, were these two—1st, my physics; he denounced me for effeminacy; 2^d, he assumed, and even postulated as a *datum*, which I myself could never have the face to refuse, my general idiocy. Physically, therefore, and intellectually, he looked upon me as below notice; but, morally, he assured me that he would give me a



written character of the very best description, whenever I choose to apply for it.

Aquí está la traducción de Andrés Barba:

Las enormes columnas de Hércules en las que estaba asentado el descomunal edificio de su desdén eran dos: 1º mi cuerpo, me consideraba afeminado; 2º presuponía en mí, y hasta lo postulaba como un *datum* que nunca tuve el valor de refutar, una absoluta estupidez. Tanto en lo que se refiere al físico como en lo que se refiere al intelecto me contemplaba como si ni siquiera fuese digno de él, pero en términos morales aseguraba que podría darme un pequeño papel en una obra de teatro, si pudiera (61).

La traducción al español de este fragmento da una idea del original, pero algunas de sus deficiencias lo convierten en un texto bastante distinto. “Las columnas de Hércules” ya dan el efecto de grandeza que busca el autor, por tanto el adjetivo “enormes” es no sólo inexistente en el original sino innecesario. (Pero esto es sólo un detalle.) Un error mayor fue traducir

“physics” por “cuerpo”, que en este contexto debería traducirse como “aspecto” o “aspecto físico” si se quiere ser más estricto. (Sin embargo, tampoco es una falta grave.) Pero la última parte del texto citado es en la que quiero llamar la atención del lector. En el original no se menciona nada sobre un “papel en una obra de teatro”. De hecho, desde “morally” hasta “for it” hay más de un error importante en la traducción. El sentido de lo escrito por De Quincey en el fragmento citado es que si algún día él lo necesitaba, su hermano podría darle una carta de recomendación elogiando su elevada moralidad. La palabra que causó el conflicto en la traducción fue “character”, que en efecto puede traducirse como “personaje” (y no sólo de teatro). Sin embargo, en la época de De Quincey “written character” significaba “carta de recomendación”. Y quien debía solicitarla era el propio Thomas; no sería el hermano quien “si pudiera” le daría la carta o el papel de la obra de teatro (si fuese el caso).

Lo anterior puede parecer tan superfluo o trascendente como al lector le parezcan en términos generales este tipo de inconsistencias. En las partes que elegí para apreciar con más detenimiento la traducción de Barba, me pareció que se trataba de una buena traducción. Quise señalar un momento de excepción en este trabajo simplemente para enfatizar lo importante que es traducir la obra de autores tan importantes como Thomas De Quincey, no sólo porque el acto mismo promueve la lectura de sus obras, sino por la revitalización que al traducirlos se hace de sus ideas. Debatir estos detalles, acercarse con lupa a mirar ciertas partes de su prosa nos lleva a cuestionarnos por nuestras propias ideas, nuestro propio tiempo, nuestro estilo para registrar estos momentos que más tarde recordaremos de manera tramposa e imperfecta, como quien busca un pretexto para contar cualquier cosa con toda la fuerza de su carácter. ■■■